Foll.
37.014 01762

República Argentina
Ministerio de
Cultura y Educación

Política Educativa, Bases Culturales

Serie Pensamiento Fundamental

CENTRO NACIONAL DE INFORMACION EDUCATIVA
Paraguay 1657 - 1er Piso
1062 Capital Federal - República Argentina

Nº 2

Dto. de
DOCUMENTACION
Entró 8/20/91
Remitente Arg.
Intervino J2.B

Foll.
37.014
7

001762
Foll. 37.014/7

03204

CENTRO NACIONAL D[illegible]ORMACION EDUCATIVA
Paraguay 1657 - 1er Piso
1062 Capital Federal - República Argentina

Foll.
37.014 01762

República Argentina
Ministerio de
Cultura y Educación

Política Educativa, Bases Culturales

Serie Pensamiento Fundamental

CENTRO NACIONAL DE INFORMACION EDUCATIVA
Paraguay 1657 - 1er Piso
1062 Capital Federal - República Argentina

Nº 2

Dto. de DOCUMENTACION
Entró 8/20/91
Remitente Arg.
Intervino J2.B

Foll. 37.014 7

001762
Foll. 37.014/7

03204

CENTRO NACIONAL DE INFORMACION EDUCATIVA
Paraguay 1657 - 1er Piso
1062 Capital Federal - República Argentina

1. DISCURSO DEL Sr. PRESIDENTE DE LA NACION, Dr. CARLOS SAUL MENEM, PRONUNCIADO EN EL DIA DEL MAESTRO. 11 DE SETIEMBRE DE 1990.

2. PALABRAS DEL Sr. MINISTRO DE EDUCACION Y JUSTICIA, PROFESOR ANTONIO FRANCISCO SALONIA, ANTE LOS PARTICIPANTES DE LA REUNION PREPARATORIA AL VI CONGRESO NACIONAL DE FILOSOFIA. 11 DE OCTUBRE DE 1990.

3. PALABRAS DEL Sr. MINISTRO DE EDUCACION Y JUSTICIA, PROF. ANTONIO FRANCISCO SALONIA, CON MOTIVO DEL ENCUENTRO "EDUCACION E INTEGRACION LATINO-AMERICANA".

MINISTERIO DE EDUCACION Y JUSTICIA

Presidente de la Nación

Dr. CARLOS SAUL MENEM

Ministro de Educación y Justicia

Profesor ANTONIO FRANCISCO SALONIA

Subsecretario de Educación

Dr. LUIS ANTONIO BARRY

Subsecretario de Coordinación Educacional, Científica y Cultural

Dr. ENRIQUE G. BULIT GOÑI

1. Discurso del Sr. Presidente de la Nación, Dr. Carlos Saúl MENEM, pronunciado en el Día del Maestro. 11 de setiembre de 1990.

CENTRO NACIONAL DE INFORMACION EDUCATIVA
Paraguay 1657 - 1er. Piso
1062 Capital Federal - República Argentina

Señores Ministros, señores Secretarios y Subsecretarios de Estado, señores Académicos, señores Rectores Universitarios, señoras y señores, amados Maestros y Profesores, amados jóvenes y niños de mi Patria:

Leemos en Proverbios, capítulo 22, versículo 6, el siguiente pasaje: "Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él".

Y es muy bueno tener en cuenta este mensaje bíblico, cuando estamos recordando nuevamente en este día al Maestro.

Es oportunidad adecuada para reflexionar sobre las líneas rectoras de nuestro proyecto, un proyecto educativo que se viene desenvolviendo como un capítulo esencial en la política del Estado.

Un capítulo que se encuentra al nivel de los grandes desafíos que enfrentamos, como la Revolución Productiva, o como la reforma del sector público.

Aspiramos a construir una Nación. Integrada económica, social y culturalmente. Desarrollada en todas sus potencialidades. Federal. Justa y solidaria. Libre y democrática. Imbricada en América Latina y abierta al mundo.

Aspiramos ver un pueblo feliz y orgulloso de su tierra.

Concretar este proyecto requiere esfuerzo, rumbo certero y paso firme.

Este proyecto no es tarea de un gobierno. Es el proyecto de un pueblo, y como tal requiere del concurso de todos.

Nos proponemos poner la educación al servicio de la construcción de ese país con el que soñamos los argentinos.

Y esto exige la unidad nacional. Sí o sí.

Hace justo un año, concurrí a San Juan a rendir homenaje a Domingo Faustino Sarmiento.

Necesitaba yo, un federal, un militante de la causa de los caudillos, dar ese testimonio indubitado de que había abrazado firme y definitivamente la bandera de la unidad nacional.

Tengo la seguridad de que los argentinos de bien comprendieron el mensaje, de que la unidad nacional late en la conciencia general, y de que los tiempos son propicios para encarar la transformación educativa a pesar de todas las dificultades.

La educación es una actividad de plazos largos. La semilla no germina al día siguiente. Es necesario perseverar en el camino, y por supuesto es necesario también que lo transitemos juntos.

La educación es uno de los temas más abarcativos de cuantos competen a la organización comunitaria, y por ello sólo puede abordarse partiendo de la unidad nacional que asegure la continuidad de las acciones.

Se trata de un fenómeno social y permanente, en el que todos somos dadores y receptores de educación.

Por ello reconocemos y estimulamos todas las formas educativas, para que actúen en provecho general.

Pero volcaremos el máximo esfuerzo en el sistema educativo formal y sistemático, adecuándolo a las realidades cambiantes de un mundo en permanente mutación.

La educación reviste, en la marcha hacia el país que queremos, importancia estratégica y desarrollo táctico.

Nunca como ahora se tiene la evidencia de que "conocimiento es poder".

Elevar los niveles culturales, desenvolver las idoneidades y las capacidades de todos, es una obligación de la sociedad y del Estado.

En esta era del conocimiento, el saber se ha convertido en un verdadero capital, y en uno de los fundamentos principales de la economía.

Por eso este llamado, esta convocatoria, más que una simple enunciación de objetivos de gobierno quiere significar, interpretando el sentir de nuestros compatriotas, la proclama de una firme determinación.

En educación, sería inútil toda acción aislada y todo emprendimiento unilateral.

Más allá de sus intenciones, evidenciaría un acto de soberbia, y terminaría por ser ineficaz.

De allí que la Nación venga concertando y profundizando el diseño de las políticas y de las acciones educativas, en el marco del Consejo Federal de Educación, que integra con las provincias y la Municipalidad de Buenos Aires, informando a su vez y buscando las orientaciones fundamentales en estrecha vinculación con el Congreso.

Y de allí también que haya constituido el Consejo Consultivo Honorario de la Educación Argentina para que, en otro plano, desde el seno de la comunidad, los sindicatos, las organizaciones empresarias, las congregaciones religiosas, las Fuerzas Armadas, y otras entidades intermedias, arrimen sus puntos de vista y asuman responsabilidades concretas.

Ese proceso requiere imperiosamente de la transformación y expansión educativa, así como también elevar a la educación, en una relación dinámica de progreso y bienestar.

Educación y producción, se exigen y se potencian mutuamente.

Necesitamos capacitar para la producción, para la industria, para las nuevas tecnologías, para conquistar el mundo con nuestros productos, para comprender los nuevos fenómenos de relaciones cada vez más estrechas e interdependientes, donde se impone evidentemente el más capaz.

En este orden, el trabajo es un componente principal en la temática de la educación. Y es un componente principal.

En dos sentidos: uno, como valor primordial que la educación debe incorporar y transmitir, jerarquizando la cultura del esfuerzo, y desplazando a la especulación y el facilismo que en los últimos tiempos han ganado a la conciencia de los argentinos.

El otro sentido, porque debemos educar en el trabajo, con el trabajo, y para el trabajo.

Haciéndolo parte de la experiencia educativa, y tomándolo como un objetivo de la educación.

El acto de enseñar y de aprender debe ser concebido y sentido como un trabajo que vincula solidariamente la producción de un maestro y un alumno.

Sin educación no hay trabajo calificado, sin trabajo calificado no hay producción, sin producción no hay salario ni renta social, sin éstos no hay bienestar ni educación de calidad.

Insisto: buscamos la eficiencia social de la educación.

La educación útil. Aquí y ahora.

Quiero ser claro: no tenemos ni queremos una visión exclusivamente economicista o utilitaria de la educación, en sentido material.

La educación ha de apuntar al hombre cabal, al desarrollo del hombre en todos los hombres y en todos los pueblos, sin distinciones, ni más barreras que su sagrada dignidad como persona única e irrepetible.

Educar en la verdad, en la virtud, en la belleza. Educar en la solidaridad, en la comprensión, en la tolerancia, en la bondad, en la honestidad, en el respeto, en el amor.

Educar en y para la libertad y la responsabilidad.

Por esta razón fundamental, la educación debe ganar en personalización.

Ninguna función hay más importante en el maestro, que detectar y estimular las aptitudes, naturalmente propias y diferenciadas, de su discípulo, orientando la enseñanza de forma que resulte eficaz en él.

Esta tarea constante no admite pausas ni defecciones, y debe ser el norte directriz de la formación y capacitación docente la que a su vez debe ser continuada, ininterrumpida, permanente, como reciclaje que acompañe e integre la carrera docente.

Por eso nos hemos propuesto descentralizar la función educativa.

El eje del sistema debe estar en la escuela, el colegio, el instituto, la universidad, que no pueden ser organismos inertes, meros ejecutores de los planes y las decisiones de la autoridad superior.

Allí se produce el hecho educativo —razón de ser del sistema—, y por tanto es allí donde sus protagonistas deben tener oportunidad de aplicar su iniciativa creadora para mejor servir a la finalidad perseguida.

Los docentes, los alumnos, sus familias, la comunidad, podrán terminar de elaborar el currículo en función de sus propias realidades.

Tendrán atribuciones que nunca tuvieron, y tendrán efectivo respaldo para tantas cosas que hicieron, inorgánicamente

a veces pero con intención patriótica, en tanto tiempo de abandono.

Esta concepción, a la vez que aprovechará al máximo las aptitudes de docentes y alumnos, pondrá en juego la participación solidaria y creativa de otros protagonistas.

Hemos abierto puertas, y lo seguiremos haciendo.

Están convocadas las universidades nacionales —estatales y privadas— y las academias nacionales, para que contribuyan a esta tarea que consideramos vital, de elevar el sistema educativo en todos los planos. Y al mismo efecto hemos constituido el ya mencionado Consejo Honorario Asesor, siendo esencial que procesos de este tipo se estimulen y concreten al nivel de cada escuela de cada unidad educativa.

Nos guía una concepción federal en la organización del Estado y de la vida comunitaria, y esa misma concepción preside el proyecto educativo que concebimos.

No podríamos avanzar en una concepción descentralizadora de la educación, que abarcará en plenitud todas sus implicancias, si mantuviéramos un centralismo del sistema nacional que ha mostrado todas sus falencias.

Y por otra parte, las provincias han acreditado ya su aptitud para desenvolver todos los niveles educativos, de donde, asegurada la unidad nacional mediante las bases curriculares comunes e indispensables, no se justifica ya tamaña superposición.

Por tal razón, y con el acuerdo de todas las jurisdicciones en el seno del Consejo Federal, hemos solicitado al Congreso que por la ley autorice la transferencia, gradual y concertada, de los servicios educativos que hoy imparte la Nación a las provincias y a la Municipalidad de Buenos Aires.

Estamos seguros de que la educación en manos de las autoridades locales será más eficiente, será mejor.

Y además la Nación, en su verdadera función constitucional, podrá asumir de verdad la orientación, la inducción, el estímulo, la captación de las innovaciones en el plano de la ciencia y de la técnica, realizar el aporte creativo, y empujar cotidianamente las fronteras del conocimiento.

Naturalmente, esa transferencia se hará con todos los recaudos y todas las seguridades para las jurisdicciones que han de recibir los servicios, en materia presupuestaria, escalafonaria, previsional, edilicia, etc.

He sido tres veces gobernador de mi provincia, y he pasado por la experiencia de recibir la transferencia de servicios nacionales.

En esto algún conocimiento tengo y además, pueden tener la seguridad los hombres y mujeres del interior que no se hará nada, absolutamente nada, que los perjudique en esta tarea.

Naturalmente, estas modificaciones serían efímeras, si no se insertaran en una estructura remozada y revitalizada del sistema todo, tema sobre el cual se asientan nuestro diagnóstico y nuestra propuesta.

Estamos en la etapa de diseño de esas transformaciones sustantivas, en conjunto con los demás gobiernos, las universidades, las academias, y con el sector privado, evaluando con seriedad experiencias ya realizadas.

Por eso, estas transformaciones están sujetas a un proceso serio, que conduzca a su implementación en las mejores condiciones posibles.

Sabemos que una de las características de nuestra realidad educativa es su disparidad.

No todas las regiones, no todas las escuelas, no todos los docentes tienen las mismas posibilidades ni comparten los mismos problemas. Por eso, el proceso de transformación educativa se fundamenta en el respeto por las diferencias, en un marco de proyecto nacional común.

El programa para la transformación de la educación tiene como uno de sus objetivos principales el mejoramiento de la enseñanza secundaria, tanto en sus aspectos curriculares como en los que hacen a la reorganización de las instituciones.

El país Argentina, su pueblo, no puede permanecer indiferente o cruzado de brazos ante la agonía de un bachillerato que ni siquiera sirve para ingresar a la universidad.

Porque uno de los aspectos más obsoletos de nuestra realidad educativa es, sin duda, el referido al contenido de los temas que se enseñan en las escuelas. Debemos adecuar estos contenidos, entonces, para construir las modernas escuelas del siglo XXI.

Estas nuevas escuelas, y este nuevo sistema educativo, requerirá docentes comprometidos con los procesos de transformación, capaces de generar acciones de desarrollo de toda la comunidad.

La formación docente, su actualización, deberán ser perfiles insoslayables en la formación profesional, como también será fundamental jerarquizar la tarea educativa, ofreciéndole a los docentes una verdadera y sostenida formación, para que ellos mismos sean los artífices de su crecimiento.

Bajo estas mismas premisas generales concebimos el rol de la universidad.

Educación, ciencia y tecnología han de ser tres instrumentos esenciales de la transformación argentina, y esos tres instrumentos, debidamente jerarquizados y articulados, deben tener en la universidad su expresión culminante.

Esta década final, antesala del siglo XXI, debe contar con una universidad protagonista.

Su concurso para el cambio ha de ser vital. Habremos de dotarla de plenas atribuciones, además de su reconocida autonomía académica, base primordial de su libertad creadora.

Para que se inserte en la comunidad. Para que gane en eficacia. Para que explote en su beneficio y en el interés general todas sus posibilidades.

Juntos, debemos llevar adelante en todas sus implicancias el protocolo de concertación universitaria que hemos suscripto.

No hay tiempo que perder.

El futuro depende de lo que seamos capaces de hacer hoy.

Por último: aspiramos a concretar en un tiempo razonable, la ley general, o ley federal de educación, una vieja deuda que arrastra la comunidad, y que no llegó a concretar, pese a sus esfuerzos, el Congreso Pedagógico.

El Parlamento está analizando diversos proyectos, de altísimo valor. El Poder Ejecutivo está elaborando su propio proyecto, para aportarlo a un debate que seguramente será enriquecedor.

Le pido al país, le pido a todos los argentinos, que nos retemplemos en el esfuerzo de los educadores. Esos educadores que en la adversidad de una crisis que los golpea, como a todos, siguen adelante.

¿Quién no conserva, entre sus mejores recuerdos, la imagen de sus maestros? No los invoco sólo para recordarlos en el afecto.

Les aseguro que son indispensables en este proyecto, y que sus dificultades son objeto de nuestra preocupación cotidiana.

Al dejar definidas las líneas centrales de la transformación educativa que estamos encarando, y al destacar la capital importancia que ella reviste como sustento de la revolución productiva, quiero pedir que sepan comprender los maestros, a quienes tanto ha debido la grandeza de nuestro país, la magnitud de esta empresa y ponerse al frente de la sublime tarea común, de apuntarlar el surgimiento de la nueva Argentina.

En el Día del Maestro, vaya mi saludo y mi reconocimiento a los educadores, a los estudiantes, a la familia y a la comunidad nacional.

Yo sé que son tiempos muy difíciles, todo el mundo lo sabe. Argentina supo pasar por situaciones más o menos similares, no de la gravedad de ésta, pero supo soportar con entereza procesos desgarradores en el seno de su territorio y, por supuesto, en el seno de su comunidad. Las guerras por la independencia, el enfrentamiento de su pueblo cuando luchaba y luchábamos por la organización nacional en aquellas guerras en el interior del país.

Quiero traer a colación —salvadas las distancias— una carta que le escribiera oportunamente, después de los combates que llevaron a cabo dos grandes hombres de la argentinidad, uno de los estrategas más grandes, un militar de primera línea, cordobés él, el general Paz, el famoso Manco Paz, después de la Tablada y Oncativo, a don Facundo Quiroga, donde le expresaba su sufrimiento por lo que le estaba ocurriendo al país. En uno de sus párrafos le decía Paz a Quiroga: "Los argentinos debemos pelear de una sola vez para dejar de pelear toda la vida".

Este es el momento fundamental para la República Argentina. Los argentinos, y este es el mensaje, debemos sufrir de una sola vez para dejar de sufrir toda la vida.

Les agradezco todo lo que están haciendo por la patria desde sus magisterios, desde sus luchas y sus sufrimientos. Lo hacen por la patria, pero fundamentalmente por los niños y por las generaciones venideras.

Muchísimas gracias y que Dios los bendiga.

Buenos Aires, 11 de septiembre de 1990.

2. Palabras del Sr. Ministro de Educación y Justicia, Profesor Antonio Francisco SALONIA, ante los participantes de la Reunión Preparatoria al VI Congreso Nacional de Filosofía. 11 de octubre de 1990.

Autoridades nacionales y provinciales.

Autoridades del Ministerio de Educación y Justicia de la Nación.

Señor Presidente de la Federación Internacional de Sociedades de Filosofía, Dr. Evandro Agazzi.

Señor Presidente de la Sociedad Italiana de Filosofía,

Dr. Armando Rigobello.

Autoridades de la Comisión Preparatoria del VI Congreso Nacional de Filosofía.

Invitados especiales, público presente:

Introducción

1. Resulta para nosotros especialmente grato participar con nuestra palabra del programa de actividades que van preparando el VI Congreso Nacional de Filosofía. El tema de este futuro Congreso es inquietante, siempre nuevo e inmenso en sus posibilidades de desarrollo: cómo articulan en su esencia el problema del hombre, la educación y la cultura.

Ustedes saben que no hemos hecho de la filosofía nuestra profesión; sin embargo como educador nunca nos hemos desinteresado de ella. ¿Cómo podría la educación conceptualizar su experiencia sin los principios rectores de la filosofía? A lo largo de nuestra vida nos hemos encontrado no pocas veces con la filosofía. Es desde este contacto vital que deseamos dialogar con ustedes, filósofos de profesión y vocación.

2. Recientemente en el Encuentro Latinoamericano de Educadores, que se realizó en la ciudad de Asunción del Paraguay (del 20 al 22 de setiembre de 1990), presentamos el ideario educativo que guía nuestra acción de gobierno. En aquella ocasión nos preguntamos "para qué educar" y respondíamos:

— educar para la formación de la persona;

— educar para la construcción de una sociedad mejor y más justa;

— educar desde y para la cultura latinoamericana;

— educar para el siglo XXI.

Este ideario teleológico supone, por una parte, una filosofía de la educación y, por otra, una concepción de la filosofía en general que hoy desearíamos desarrollar con ustedes.

Importancia de la filosofía para la acción política

3. Entendemos la **filosofía** como una disciplina académica pero no academicista, una disciplina —es cierto— pero no una disciplina abstracta. La filosofía aleja de sí la oscuridad de las generalidades en la medida que no pierde su vínculo con la vida humana, es decir, con la cultura de un pueblo determinado.

Es así que la **cultura** opera como un principio de organización para los pueblos. Un principio de raíz **política**, en el sentido magno en que Aristóteles utilizaba este término. Cuando la filosofía arraiga en la vida de un pueblo —sin dejar por ello de ser una disciplina académica— logra inesperados contactos con el arte de gobernar y con el conjunto de los saberes que conforman la cultura.

4. Entre filosofía y política hay sin embargo una diferencia genérica, pero en la medida que ambas actividades del espíritu no pueden —sin dejar de ser auténticas— desvincularse de la cultura, quedan entonces misteriosamente envueltas en el mismo destino. Es así como un pueblo que ha caído en la desorganización política es un pueblo donde la filosofía ha devenido un mero academicismo o una simple carrera universitaria. Muy por el contrario, como decía Hegel, "la filosofía sólo aparece en la historia allí donde, y en la medida en que los pueblos se dan constituciones libres" (Introducción a las **Lecciones sobre la Historia de la Filosofía**). De manera tal que filosofía y ejercicio de **la libertad** son indisolubles, tanto como cualquier forma de tiranía ataca el saber filosófico como su blanco preferido.

5. La filosofía orienta la toma de decisiones, al punto que cuando esta orientación no sucede, entonces allí —quizás— no se ha tomado una gran decisión y sólo rige, en consecuencia, la arbitrariedad subjetiva. ¿Es necesario que recuerde, por ejemplo, la amistad entre Aristóteles y Alejandro Magno, entre Baruch de Spinoza y Jan de Witt o ejemplos más cercanos a

nosotros como la amistad entre Bernardo de **Monteagudo y Simón** Bolívar, e incluso en nuestro siglo, entre **André Malraux** y **Charles** de Gaulle? Detrás de muchos políticos hubo **otros tantos filósofos**. Delante de una gran filosofía habrá **siempre una gran** política.

Por todo esto, el llamado a toda gesta de **reconstrucción** y **unidad nacional** debe ser siempre acompañada de una **revitalización** filosófica y de una especial atención a los grandes principios que ordenan el saber y la acción humanas.

6. Pero filosofía e **ideología** no son lo mismo y esto no debemos olvidarlo cuando hablamos del proclamado "fin de las ideologías". El fin de las ideologías es sólo el comienzo de un renacimiento del pensar libre de prejuicios y dogmas.

El fin de las ideologías tampoco significa el ingreso al reino de un pragmatismo sin moral y sin valores; sino muy por el contrario el nacimiento de una acción orientada por auténticos principios espirituales.

Tres malentendidos sobre la filosofía

7. No desconocemos que estos son tiempos particularmente difíciles para la libre interrogación filosófica. Desde diferentes ámbitos se interpreta de modo inadecuado lo que la filosofía es, tiene que ser y —por lo tanto— puede dar. A una triple **mala** interpretación de la naturaleza de la filosofía sigue un triple reproche e injustificadas censuras.

El primer malentendido viene del ámbito del **cientificismo** —que es la deformación del gran ideal de las ciencias. Este cientificismo exige de la filosofía que se reduzca a una simple **epistemología**. La epistemología es una disciplina filosófica muy importante en el panorama de la filosofía contemporánea y su tarea es irreemplazable tanto para el logro del desarrollo científico tecnológico como para el sostén, progreso y búsqueda de formas nuevas de inteligencia y conocimiento. Pero la gran filosofía no puede reducirse a una tecnología del conocimiento, porque más allá de él está "lo conocido" mismo, que no sólo es objeto de ciencia sino también de filosofía.

La filosofía no puede reducirse a epistemología y abandonar los eternos **problemas metafísicos** pues abandonaría a la condición humana que en su esencia los reclama. Acertadamente Kant lo ha señalado en la "Introducción" a su **Crítica de la Razón Pura** al decirnos que "la metafísica ha

CENTRO NACIONAL DE INFORMACION EDUCATIVA
Paraguay 1657 - 1er. Piso
1062 Capital Federal - República Argentina

existido siempre y existirá allí donde esté el hombre". La metafísica podrá no ser una ciencia pero aún así el hombre no podrá dejar de ser un "animal metafísico".

De allí que esta censura que el cientificismo hace valer hoy contra la filosofía no es sino una mutilación en la dignidad y libertad del hombre.

8. El segundo malentendido viene del campo del **activismo político**, es decir, de una concepción estrecha e ideológica de la gran política. El activista exige de la filosofía que ésta presente inmediatamente una solución a los problemas del hombre. De la filosofía debería poder deducirse un programa para la "revolución", como de la visita al médico surge una receta y una prescripción del medicamento adecuado.

Es necesario recordar en este punto la enseñanza de Martín Heidegger, quien nos dice: "La filosofía jamás puede, **inmediatamente**, proporcionar las fuerzas ni tampoco crear los modos y ocasiones de la acción que conducen a determinada condición histórica, por la simple razón que, de manera inmediata, concierne a una minoría. ¿Quiénes la constituyen?, los que transforman de un modo creador, los que modifican. Sólo que se difunde de modo inmediato" (**Introducción a la Metafísica**).

Que la filosofía como profesión pertenezca a una minoría y que sus efectos no sean encausables técnicamente significa que su poder —como todo poder— es limitado y finito; exigir de la filosofía lo que puede dar pero exigírselo inmediatamente es no comprender su esencia y exponerla de mala fe a una pública humillación; por el contrario, si somos capaces de ejercerla con paciencia y superando el estrecho escolarismo, descubriremos que la filosofía sí hace algo con nosotros: nos imbrica en la cultura de un pueblo, extrayendo de allí las fuerzas necesarias para plantearnos las grandes tareas.

9. El tercer malentendido nace del seno mismo de la filosofía. El **positivismo** y el **materialismo** que alguna vez la han dominado o la dominan, son dos concepciones estrechas y abstractas del hombre.

Por debajo de su credo realista lo que se esconde es una visión pobre de la realidad que la reduce a simple materia o conjunto de hechos empíricos. Frente a esto vale recordar las palabras de Edmund Husserl cuando nos advertía que "meras ciencias de hechos hacen meros hombres de hechos" y cuando

nos señalaba que "tales 'filosofías' sólo han conservado el nombre pero no la tarea de la gran tradición filosófica". Frente a esta deformación positivista y materialista de la filosofía rescatemos aquel espíritu husserliano que concebía la tarea del filósofo en estos términos: "ensayo guiar, no enseñar, solamente mostrar, describir lo que yo veo. No tengo otra pretensión que la de poder hablar, primeramente frente a mí mismo, y luego también frente a los otros, con toda la ciencia y la conciencia de que sea capaz, como un hombre que ha vivido el destino de una existencia filosófica en toda su seriedad". (**Crisis**, / 7)

Este compromiso vital del filósofo con su tiempo es un ejercicio radical de la libertad, el cual, como contraparte denuncia que la censura cientificista, el activismo ideológico-político y el dogma positivista no significan sino menoscabos injustos a la filosofía y al espíritu libre de los hombres y de los pueblos.

Educar para la formación de la persona

10. Quisiéramos pasar ahora a la segunda parte de nuestra exposición. ¿Qué entendemos por **filosofía de la educación?**, ¿para qué educar? La primera respuesta que dimos en nuestra exposición ante el Encuentro Latinoamericano de Educadores decía: "educar para la formación de la persona".

Descartes, el padre de la filosofía moderna, creyó encontrar en el sujeto humano la sustancia primera y el punto de partida indubitable de todo obrar y pensar. Como educador dudamos de que el **individuo cartesiano** —el sujeto cognoscente sin fisuras—sea el punto de partida único para la educación. Tampoco un sujeto cartesiano socializado, es decir, una clase social aislada puede ser el punto de partida de la tarea educadora. Frente al individualismo egoísta y el colectivismo clasista lo que queremos afirmar —por el contrario— es la totalidad de la **persona** como el fin de la educación. Es el concepto de persona y no el de subjetividad cartesiana el que orienta la actividad pedagógica. La persona que Juan Pablo II ha caracterizado tan bien al decirnos que "se trata del hombre en toda su verdad, en su plena dimensión. No se trata del hombre "abstracto" sino real, del hombre "concreto". "histórico". Se trata de cada hombre" (**Redemtor.hominis** / 13).

Y afirmamos también el concepto de persona porque observamos con preocupación a nuestra época enmarcada por dos tendencias antagónicas y peligrosas: la **despersonalización** y el

CENTRO NACIONAL DE INFORMACIÓN EDUCATIVA

culto a la personalidad. Es decir, el fin de la dignidad de la **persona**, por un lado, o la sobrevaloración de sus fines por otro. **Contra** ambas tendencias debe estar muy atenta la filosofía **de la** educación contemporánea. Es cierto que educamos a un **hombre** y para que viva con otros hombres, pero también lo es que lo hacemos munidos de valores que lo trascienden y lo completan.

11. Una **persona** es un individuo al que no le es ajeno el "lógos", el lenguaje, la razón. Una síntesis perfecta de individualidad y socialidad. No desconocemos el origen teológico del concepto de persona. Pero nos interesa el uso antropológico que la filosofía cristiana ha hecho de esta categoría.

Si una persona es un núcleo ontológico de **actividad, educar** es quitar los obstáculos que pudiesen impedir que ese núcleo de actividad desarrolle —por sí mismo y con los otros— su propia —y no otra— identidad. Con razón dice Santo Tomás "Dios no sólo quiere que las cosas sean sino que sean causa de sí". Es decir, Dios nos quiere libres y la educación es una de las maneras más dignas de colaborar con ese plan divino.

12. Es en este lugar donde debemos recordar una arcaica y joven verdad: "el individuo sólo se realiza en el seno de una comunidad que también se realiza". Estas fueron las palabras con que el entonces Presidente Juan Domingo Perón clausuró el Primer Congreso Nacional de Filosofía en 1949.

Ahora que los filósofos argentinos se reunirán en su VI Congreso conviene tener presente el espíritu con que se clausuró en Mendoza el primero de sus encuentros nacionales.

Educar para la construcción de una sociedad más justa

13. Una concepción activa e integral de la persona nos lleva al análisis de nuestro segundo principio: "educar para la construcción de una sociedad más justa".

Aquí la historia de la filosofía nos da una lección. ¿Podríamos dar un solo paso en la comprensión de la **justicia** sin referirnos a Platón de Atenas?

Justicia es la **armonía** de lo que hay. Platón nos ha enseñado para siempre que "el bien es orden, armonía, proporción; de aquí que la virtud suprema sea la justicia". No podemos imaginar una concepción superior de la justicia. Pero tampoco puede dejar de asombrarnos por qué cierta escuela del derecho

se ha alejado tanto de un origen tan noble, más específicamente **¿por** qué cierta práctica de las leyes se ha escindido de la **justicia** que tiene su fundamento en el orden y **la** armonía del **alma** y la comunidad?

14. Quizás podamos encontrar una clave a este problema contemporáneo si consideramos el concepto de **libertad.** Hay **una libertad** para la cual el derecho es un instrumento ideológico: "yo ocupo, decía Napoleón, detrás vienen mis abogados y justifican".

Pero hay otra libertad, una libertad servidora, que es un instrumento para la justicia. La primera es la **libertad sin moral** del individualismo, la segunda es la **libertad con justicia** que anhelan los pueblos. No se trata ni de menoscabar al individuo, pero tampoco de aplazar la justicia social como en el sueño de los justos. Una vez más entre los dos extremos viciosos la virtud está en el justo medio. Por eso en aquel Primer Congreso Nacional de Filosofía de 1949 el Presidente de la Nación recordaba que "lo que caracteriza a las comunidades vigorosas es el grado de sus individualidades"; pero también y en contrapartida Perón señalaba que "el individuo sólo se hace interesante en función de su participación en el movimiento social".

Es necesario, entonces, que el derecho y la justicia vuelvan a coincidir. De esta manera el cumplimiento de las leyes resultará enriquecedor para la libertad individual y no su limitación. Sin embargo esto no basta, también es necesario volver a armonizar la organización con la libertad. Aquella es requisito indispensable de ésta ya que la organización permite el juego responsable de todas las libertades individuales en función del bien común. Por esto es ahora oportuno recordar las palabras finales de aquella Conferencia de 1949 que pasó a la historia con el nombre "La Comunidad Organizada":

Lo que nuestra filosofía intenta restablecer al emplear el término **armonía** es, cabalmente, el sentido de plenitud de la existencia. Al principio hegeliano de realización del yo en el nosotros, apuntamos la necesidad de que ese nosotros se realice y perfeccione por el yo.

Nuestra comunidad tenderá a ser de hombres y no de bestias. Nuestra disciplina tiende a ser conocimiento, busca ser cultura. Nuestra libertad, coexistencia de las libertades que procede de una ética para la que el bien general se halla siempre vivo, presente, indeclinable. El progreso social no debe

mendigar ni asesinar, sino realizarse por la conciencia plena de su inexorabilidad. La náusea está desterrada de este mundo, que podrá parecer ideal, pero que es en nosotros un convencimiento de cosas realizables. Esta comunidad que persigue fines espirituales y materiales, que tiende a superarse, que anhela mejorar y ser más justa, más buena y más feliz, en la que el individuo puede realizarse y realizarla simultáneamente, dará al hombre futuro la bienvenida desde su alta torre con la noble convicción de Spinoza: "sentimos, experimentamos que somos eternos".

15. La educación es esencialmente un acto de libertad creadora que le permite al individuo elegir aún en medio de los determinismos a que pudiese encontrarse sometido. Acertadamente ha señalado ya, en estos años, Carl Rogers en su obra **Libertad y creatividad en la educación** que "bien entendida la libertad es el cumplimiento de la secuencia ordenada de la vida. El hombre se mueve libre, voluntaria y responsablemente para desempeñar su parte significativa en un mundo cuyos acontecimientos determinados suceden a través de él en su elección y voluntad espontáneas".

Educar desde y para América Latina

16. La tercera idea —para nosotros conductora— la expresábamos diciendo: "educar desde y para América Latina".

Desearíamos en este punto ser muy claros, pero no a costa de simplificaciones. Por el contrario, intentaremos mostrar con claridad la complejidad de algunos problemas que la educación no puede dejar de afrontar en América Latina.

Hay entre educación y cultura un vínculo indisoluble. No encontramos ninguna concepción de la educación, ni práctica pedagógica, que no sea a la vez solidaria con una determinada concepción de la cultura. Pero también —por el contrario— según esté articulada la trama simbólica de un pueblo se seguirán de aquí muy específicas y determinadas prácticas y teorías educacionales. Todo educador en cada acto educativo, de algún modo, explicita junto a sus educandos la totalidad de nexos que articulan —en pequeña escala— el macrocosmos de su cultura. Quedan allí explícitas de alguna manera todas las aporías, logros y fracasos que constituyen la irreductible diferencia histórica de la cultura en que ese acto educativo cobra significación como tal.

de otro modo en cada encuentro educativo —[illegible] quieren— sucede algo de raíz sagrada: [illegible] reconocernos mutuamente participando de una [illegible].

Consecuencia, debemos acostumbrarnos a pensar la educación como la puesta en marcha de la cultura y el sistema educativo formal, apenas como la cúspide visible de un proceso mucho más profundo y abierto.

Universalidad y situacionalidad del saber filosófico

17. Ahora bien. ¿Cuáles son las características de este cosmos cultural argentino y latinoamericano, al cual la educación no puede ni debe dar la espalda?

Lo primero que parece caracterizar a una cultura es su situacionalidad. Toda cultura es una situada trama simbólica de valor universal. Parece no haber tanto una cultura universal cuanto una multiplicidad de culturas nacionales.

Hay filósofos que acertadamente distinguen entre una **universalidad situada** y una **universalidad abstracta**. Lo universal deviene algo abstracto cuando pierde el marco vital de su situación.

La universalidad situada se construye, en cambio, como un ámbito de respeto para las diferencias culturales y el diálogo entre los pueblos. Es ésta una universalidad abierta a las peculiaridades nacionales.

Pero hubo en Occidente culturas que enmascarando su origen se constituyeron en aparentemente "universales", dicho esto en un sentido abstracto. La cultura que se autoafirma excluyendo a otras deviene un imperio totalitario. Vemos en lo anterior la causa profunda de cualquier forma agresiva de convivencia planetaria y no pocas desgracias del presente.

La diferencias que hay entre una universalidad abstracta y una universalidad situada; es la misma que existe entre una cultura del diálogo y una cultura de la guerra. La auténtica filosofía está siempre comprometida con el diálogo.

18. Sin embargo un equívoco viene de lejos. Precisamente griegos y romanos (dos culturas profundamente nacionales) fueron quienes instalaron una dicotomía que hizo luego larga escuela, tanto en América como en Europa: la dialéctica civilización o barbarie.

CENTRO [illegible] EDUCATIVA
1062 Fede[illegible]ica Argentina

En América Latina algunos sectores filosóficos se han valido de esta didáctica, pero curiosamente invirtiéndola: bautizaron lo propio como barbarie y calificaron a lo ajeno como cultura. Esta inversión del modelo originario no hizo sino agravar las cosas. No nos permitió a veces valorar lo propio e intentó seducirnos para copiar lo ajeno.

Pero éste no fue el único mal. Otro sector de la intelectualidad latinoamericana incurrió también en el folclorismo ultramontano que se esteriliza en sí mismo. Se trata de un nacionalismo cultural mal entendido que cierra lo propio sobre sí mismo y le impide el diálogo fecundo con los otros. En vísperas del V Centenario del Descubrimiento de América, que motivará seguramente estudios y publicaciones de todo tipo, es necesario que nuestra filosofía esté prevenida tanto de una como de otra posición extrema. Ni lo propio contra los otros, ni lo ajeno contra lo propio.

Creemos que sólo una concepción serena de nuestra cultura como universal pero situada puede dejar definitivamente atrás la vieja aporía civilización vs. barbarie, europeísmo vs. americanismo y colocarnos en una disposición espiritual de apertura para afrontar sin prejuicios ideológicos, los desafíos de un futuro que nosotros llamamos simbólicamente siglo XXI.

Educar para el siglo XXI

19. Es ahora, entonces, cuando debemos tratar el último punto del ideario educativo que proponemos; "educar para el siglo XXI".

El señor Presidente de la Nación, Dr. Carlos S. MENEM, decía el 30 de octubre de 1989, con motivo de la repatriación de los restos de Don Juan Manuel de Rosas, las siguientes palabras: "A mí poco me preocupa el siglo XIX si se trata de sembrar distancias entre los argentinos. A mí poco me preocupa el siglo XX si la cuestión pasa por quedarnos petrificados frente a las dificultades que impone nuestra crisis. A mí, lo que me desvela, lo que me moviliza, lo que me alimenta día tras día es el siglo XXI, el siglo de nuestros hijos y de los hijos de nuestros hijos. Es el siglo que debe constituir un nuevo renacimiento en lugar de convertirse en un repetido fracaso. Es el siglo que ya comenzó, que ya nos está mirando, que ya nos está pidiendo una respuesta firme y decidida para estar a la altura de los nuevos tiempos".

Hoy no vamos a hablar de los cambios que en esta segunda mitad del siglo XX han revolucionado el campo de la cultura y de la educación. Ya se conocen bastante los fenómenos que caracterizan la llamada sociedad posindustrial y el papel decisivo que en los últimos años ha comenzado a jugar la revolución científico-tecnológica. Desearía por el contrario detenerme con ustedes, no a enumerar estos fenómenos nuevos sino a pensar su profunda significación filosófica.

20. Pareciera ser que vivimos los tiempos en que el proyecto de la modernidad europea se ha consumado. La consumación no es el final de algo, como bien se ha señalado "consumar quiere decir realizar algo en la suma, en la plenitud de su esencia, conducir ésta adelante" (Heidegger, Carta sobre el humanismo). Nuestra época no es la del fin de la modernidad, éstos son los tiempos en que la modernidad se ha consumado. Por lo tanto el concepto de "posmodernidad" como el de "posindustrialismo" son ambiguos y requieren ser pensados con mayor detenimiento y menos atentos a las modas intelectuales. Acertadamente ha señalado Octavio Paz que "nuestro tiempo es el único que ha escogido como nombre un adjetivo vacío: como los tiempos modernos están condenados a dejar de serlo, llamarse así equivale a no tener nombre propio".

21. Mientras en la antigüedad el hombre no se diferenciaba del cosmos, en los tiempos modernos el hombre se recorta para sí y entabla una relación óptica con el universo. Por eso Walter Benjamín decía que "nada distingue tanto al hombre antiguo del moderno como su entrega a una experiencia cósmica que este último apenas conoce" (dirección única). La modernidad es la época de la ciencia, es decir, de una relación óptica con las cosas. Es la época en que emergen el sujeto, el objeto y la relación de conocimiento. La consumación de la modernidad es el tiempo en que llega a su plenitud el imperio del sujeto y la ideología, el imperio del objeto y el pragmatismo amoral y el imperio de la relación entre ambos como tecnología. Pero lo conflictivo de la consumación moderna es que se ha perdido la armonía de estas tres instancias. Por eso ésta es una época de crisis.

La ideología ha perdido en gran medida su relación con la realidad. El pragmatismo amoral no repara en las necesidades del hombre. Y la tecnología se ha independizado y pre-

tende ser ella sola la pauta para el desarrollo de las ciencias y las sociedades. La gran ausente en esta consumación de la modernidad es la filosofía. Falta aquí una **visión totalizadora** de este proceso. Nos negamos a pensar que el siglo XXI que en la actual crisis se está gestando, sea un siglo sin filosofía.

La consumación de la modernidad significa la realización en lo esencial del proyecto moderno y es también un ir más allá de su esencia hacia nuevas posibilidades o dimensiones.

22. "Educar para el siglo XXI" no significa sólo apresurarnos sino también **detenernos a pensar.** No estamos proponiendo ningún quietismo, como político jamás podríamos hacerlo. Queremos recordar ahora a Hegel cuando nos decía que "**el hombre es un ser pensante**; en esto se distingue del animal. En todo lo humano, sensación, saber, conocimiento, deseo, voluntad —por cuanto es humano y no animal— hay un pensamiento; por consiguiente también lo hay en toda ocupación con la historia" ("Introducción" a las **Lecciones sobre la filosofía de la Historia Universal**). En toda ocupación teórica pero también práctica con la historia, no podemos permitir que el pensamiento quede ausente.

Educar para el siglo XXI, no sólo pero fundamentalmente, es **educar para pensar**, para que el hombre sea lo que es, una persona que piensa, es decir, que es causa de su propia actividad esencial.

Adecuadamente ha señalado Martín Heidegger en su curso **Qué significa pensar** que "enseñar es aún más difícil que aprender (...) no porque el maestro deba poseer mayor caudal de conocimientos y tenerlos siempre a disposición. El enseñar es más difícil que aprender porque enseñar significa dejar aprender".

23. En consecuencia, el futuro al que aspiramos requerirá de más y no de menos pensamiento. En un paisaje modelado por las máquinas, las comunicaciones, las grandes obras públicas y privadas, el hombre debe hacer escuchar su palabra y no olvidar que todo ello —por artificial que parezca— no son sino productos de su propio hacer. Quiera Dios que la lucidez no lo abandone para que la libertad pueda todavía ser ejercida en el mundo de la ciencia y de la técnica. Ustedes que han elegido a la filosofía como profesión y vocación, deberán tener esto muy en cuenta a la hora de enseñar y aprender.

El camino al VI Congreso Nacional de Filosofía

24. Finalmente quisiéramos recordar ahora que este VI Congreso Nacional de Filosofía viene a inscribirse en el seno de una cultura filosófica que —como la argentina—, no sólo ha alcanzado un notable nivel de madurez y producción académica sino que se plantea ya el problema de su propia identidad y diálogo creativo con el conjunto de la cultura filosófica mundial. Ya no sólo hacemos filosofía en la Argentina sino que hablamos de una **filosofía argentina (y latinoamericana)**, entendida como la apertura al ser y a lo real, a partir de nuestra propia perspectiva histórica y cultural. Nos orientamos a pensar la filosofía, como ya dije, no como una práctica "universal sin más", sino como un **universal situado** que requiere y se alimenta siempre de lo particular de un pueblo y de una cultura. Y en este sentido nuestra originalidad tampoco es absoluta. Esto y no otra cosa fue el gran comienzo y desenvolvimiento de la filosofía griega, francesa, alemana o europea en general. Es decir, **filosofías nacionales** que —por la seriedad y el esfuerzo especulativo de sus pensadores— trascendieron sus iniciales fronteras y hoy resultan insoslayables a la hora de la reflexión profunda y creadora. Es que lo universal y lo nacional correctamente entendidos, no se excluyen sino que se requieren y alimentan mutuamente. Acertadamente se ha señalado al respecto "pinta tu aldea y pintarás el mundo". Lo que se requiere es talento, dedicación y esfuerzo y una firme resolución en aquel lema fenomenológico que señala una dirección: "A las cosas mismas". Es allí —en "las cosas mismas"— donde los argentinos nos reencontramos con la fuerza vital capaz de permitir el madurar final de nuestra filosofía. Ya hemos alcanzado y desarrollado nuestra "normalidad filosófica"; tal cual lo pretendía la generación que se planteó, en la primera mitad del siglo XX, la reacción antipositivista y la puesta a tono de nuestra enseñanza universitaria con las grandes corrientes y sistemas del pensamiento filosófico mundial. Tenemos hoy facultades e institutos de filosofía en casi todas las regiones de nuestra vasta geografía; mínimamente disponemos de bibliotecas especializadas y de buenas traducciones del material básico de la producción filosófica mundial; nuestros docentes e investigadores en la especialidad, son reconocidos en el país y en el extranjero y una vasta producción ha salido de sus propias manos. Pero todo eso no basta. Es apenas el inicio de la gran tarea de **pensar**

CENTRO NACIONAL DE INFORMACION EDUCATIVA
Paraguay 1657 - 1er Piso

por cuenta y riesgo propio, y en esto no hay recetas ni moldes preconcebidos.

Unos pocos versos de nuestro gran poeta Leopoldo Marechal pueden acaso servirnos de guía en este camino que ahora iniciamos hacia el VI Congreso Nacional de Filosofía. Pertenecen a su **Patriótica** y dicen:

La Patria es un dolor que aún no tiene bautismo (...)
no sólo hay que forjar el riñón de la Patria,
sus costillas de barro, su frente de hormigón
es urgente poblar su costado de Arriba,
soplarle en la nariz el ciclón de los dioses:
la Patria debe ser una provincia:
de la tierra y del cielo (...)
El nombre de tu Patria viene de **argentum**. ¡Mira
que al recibir un nombre se recibe un destino!
en su metal simbólico la plata
es el noble reflejo del oro principal.
Hazte de plata y espejea el oro
que se da en las alturas
y verdaderamente serás un **argentino**.
Hacia esa meta nos ponemos en marcha.

3. **Palabras** del Sr. Ministro de Educación y **Justicia**, Profesor Antonio Francisco SALO-**NIA**, con motivo del Encuentro "Educación e Integración Latinoamericana".

Este encuentro de "La educación y la integración latinoamericana" nos ofrece la oportunidad de manifestar nuestra permanente vocación de unidad y nuestra decidida actitud para lograrla, porque creemos en este singular emprendimiento y porque estamos seguros de que juntos podremos enfrentar el futuro con posibilidades ciertas de alcanzar el desarrollo integral de nuestros pueblos.

Somos testigos del nacimiento de una nueva era cuyos perfiles más salientes radican en su dimensión planetaria, la globalización de los problemas y, consecuentemente, la búsqueda en común de las soluciones más adecuadas. En esta última década del siglo, los pueblos asumen como objeto de sus preocupaciones la necesidad de preservar y fortalecer los derechos del hombre y del ambiente, el imprescindible desarorllo económico, científico y tecnológico orientados a instaurar los beneficios de la libertad y la justicia en un mundo que siente cada día con más urgencia la necesidad de la paz entre las naciones y la solidaridad entre todos los seres humanos.

Desde nuestra posición latinoamericana estos aspectos que configuran una compleja realidad, se presentan como el desafío mayor que deberemos enfrentar con la audacia necesaria y la fuerza de nuestras convicciones para encontrar los medios que contribuyan al crecimiento de la dignidad del hombre latinoamericano y la búsqueda de su plenitud. En la perspectiva integradora que nos convoca, procurar las soluciones para el bienestar de cada uno será más perdurable si sabemos compartirlo con el bienestar de los demás.

Latinoamérica constituye una vasta región que conjuga diversidad de climas y geografías. Somos una unidad en la multiplicidad contradictoria. Conviven aún el arado de madera junto a la sofisticación de avanzadas tecnologías. Hemos acogido una inmigración de grupos étnicos distintos que, unido al elemento autóctono genera un grupo humano con características singulares. Esta nueva comunidad revela esencias, sen-

CENTRO [illegible] DE INFORMACION [illegible]

timientos y necesidades comunes. En ese marco tan pleno de matices hay valores compartidos: una unidad lingüística de origen latino que nos hermana con fuertes lazos significantes, una misma actitud religiosa, análogas experiencias históricas en las luchas por la independencia.

Latinoamérica está descubriendo la necesidad de caminar unida y comienza a dar pasos para realizarla. En un mundo que marcha hacia la conformación de grandes bloques, la dispersión sería el principio de la catástrofe. La marcha hacia la unidad es uno de los signos de los tiempos por los que el proceso de integración latinoamericana más que una opción es una necesidad.

Educación y conciencia integradora

La educación es un factor esencial en la necesaria e impostergable integración de las naciones latinoamericanas, proceso que ocupará seguramente a nuestros pueblos en los años venideros, y que constituye actualmente una de nuestras mayores preocupaciones. La formación de grandes bloques en el mundo obedece a leyes macroeconómicas, políticas, sociales, de supervivencia. Sin embargo, pocos de esos bloques en gestación poseen tan hondas raíces, cultura e historia común como el conjunto de las naciones latinoamericanas, que han venido sufriendo un agudo proceso de pauperización, desmembración y separación del tronco común.

En medio de enormes problemas de toda índole, América Latina se plantea con certeza el horizonte de una integración que no será sólo económica y estratégica sino fundamentalmente cultural. Esta realidad habrá de revertir el proceso de dispersión, fragmentación e incomunicación de nuestros países, generando un proceso inverso que deberá marchar de la provincia a la Nación, de la Nación al continente.

La consideración histórica y geopolítica de América nos lleva a constatar la existencia de núcleos regionales o provinciales con una rica fisonomía cultural, que retrocedieron ante la formación de las naciones. Hoy se revierte esa tendencia: consolidadas y fortalecidas sus estructuras jurídicas e institucionales, será necesario reactivar las provincias como células constitucionales de la unidad del continente. Una teoría de la región es productiva para el desarrollo de la integración nacional y, en consecuencia, continental.

Se hace pues evidente la importancia de la educación como factor privilegiado de este proceso integracionista, si se tiene en cuenta que todo proceso cultural pasa por la conciencia de los hombres. Educar no es desplegar una actividad mecánica de transmisión de conocimientos, sino desarrollar al niño, al joven, al hombre y la mujer, de acuerdo con sus propias virtualidades, capacidades, cultura y entorno propio. Eso significa que educar es para nosotros, en América, recuperar una identidad, afirmarla y acrecentarla.

Desarrollar a los hombres es asimismo desarrollar a las naciones y crear en ellas la necesidad de su integración continental; apuntar, además, a la ansiada realización, latente en nuestra historia, de una confederación soberana de repúblicas.

A nuestros próceres, héroes militares, caudillos y educadores se les ha presentado siempre la opción de formar al pueblo en modelos ideales, o desarrollarlos de acuerdo con las ideas-fuerzas que se generan en su propio ethos cultural. Hoy esta antinomia se resuelve más fácilmente por cierta madurez intelectual que hace posible abrirse al mundo incorporando todo aquello que al americano le es útil sin el servilismo de la copia, ni los falsos complejos del subdesarrollo. Somos contemporáneos del mundo desde la identidad americana. Aspiramos a ser universales desde lo nuestro.

Educación y valores compartidos

La educación es clave de una sociedad que afronta hoy una aguda crisis mundial y continental, y se propone paliar sus efectos. La aceptación de valores comunes, de normas de conducta, de principios morales, conforman los cimientos que permiten la subsistencia de una sociedad. Ella existe, precisamente, porque se comparten modos de pensamiento y expresión, símbolos, valoraciones éticas, estéticas, jurídicas, religiosas. La crisis sociocultural se produce cuando ese pacto tácito de la sociedad entra en quiebra. Entonces se pregona la ausencia de moral y el olvido de los principios éticos, con el riesgo de que se pretenda imponerlos nuevamente por la fuerza, a través de grupos iluminados.

Resulta evidente que es en el campo educativo donde esos valores, principios, fundamentos de vida, deben ser solidariamente acrisolados. Una función educativa atenta a los problemas concretos de la sociedad latinoamericana se presenta como la

realidad más confiable que puede asegurarnos esa armónica regulación de la sociedad, y una temprana prevención de sus conflictos. Han fracasado en el mundo los proyectos autoritarios, la ilusión del progreso indefinido, del desarrollo unilateral, del racionalismo a ultranza, los idealismos de diverso corte, los reduccionismos ideológicos, el enciclopedismo. Se impone, en cambio, la reivindicación de lo humano, el desarrollo de la cultura, la atención máxima a la educación.

América Latina se presenta como la gran incógnita a ser resuelta en los años venideros, y estamos convencidos de que su resolución positiva depende en gran medida de la energía y la lucidez con que seamos capaces de encarar una acción educativa eficiente, de sentido humanista, al servicio de las necesidades reales de nuestros pueblos, orientada hacia su integración.

Sólo una educación realista, dinamizadora, puesta al servicio del hombre latinoamericano, con suficiente apertura cultural, científica, técnica, formativa, podrá ayudarnos a paliar la grave crisis axiológica, social, ecológica y de supervivencia que azota hoy a las naciones del mundo, y en modo particular a nuestros pueblos, con problemáticas y cuestiones generalizadas y otras que le son propias y exclusivas. Una educación direccionada a superar esta crisis no sólo atenderá el necesario desarrollo tecnológico y científico de las naciones; buscará asimismo el fortalecimiento de las raíces culturales; el cultivo de la lengua común —el español americano— sin omitir las otras lenguas habladas en el continente; la revitalización de patrones y fuerzas axiológicas; el proceso de autoestima que es inherente a todo pueblo adulto, sin que eso signifique caer en localismos anacrónicos.

El educador y la tarea docente deben ser replanteados en función de las necesidades comunes y los objetivos básicos de la región, teniéndose en cuenta su perfil antropológico e histórico, su sistema geocultural, su proyecto político más allá de los sectarismos partidarios.

Habrá de repensarse, desde el aquí y el ahora americano, la función de la ciencia y de la técnica, la implantación de las nuevas tecnologías a la vida social e individual, la necesidad de generar sucesivas síntesis integradoras del ethos cultural americano y el desarrollo técnico-científico. Los tiempos son demasiado graves como para incurrir en descuidos o indecisiones. Se hace impostergable definir los propósitos básicos de

una educación latinoamericana que sirva de herramienta para la construcción de un mundo mejor donde puedan vivir y desarrollarse todos los latinoamericanos.

No es este el momento de diseñar programas educativos, pero sí de intentar un bosquejo de tales propósitos básicos, que se implican unos a otros como en círculos concéntricos.

Perfiles de la educación latinoamericana

Partiendo de los ejes culturales, las aspiraciones históricas y las expectativas de futuro de nuestros pueblos, entendemos que una educación latinoamericana ha de proponerse:

a) Educar para la formación de la persona.

b) Educar para la formación de una sociedad mejor.

c) Educar en y para la cultura del trabajo.

d) Educar desde y para la cultura latinoamericana.

e) Educar para la integración regional.

f) Educar para el siglo XXI.

a) Hemos dicho educar para la formación de la persona. En efecto, de nada valen los proyectos científicos o las propuestas técnicas si se descuida el sujeto y destinatario de toda acción educativa: el hombre. El es la célula vital de la sociedad y a él está destinada toda planificación, sea cual fuere su nivel propio. No se trata del simple individuo biológico, ni del átomo social, o la unidad de trabajo. Se trata, en cambio, de la formación de un microcosmos, un orbe autónomo, espiritual y corporal, creador y responsable. Toda educación debe tender ante todo al desenvolvimiento integral de esa entidad humana cuyo destino en la tierra es la creación de la persona. Desarrollar la persona no significa de ningún modo fomentar el individualismo egoísta, sino atender a las virtualidades de conocimiento, formación moral, perfeccionamiento estético, actitud para la libertad responsable, capacidad de comprensión y diálogo. La personalización es creación continua, dinámica, ligada al mundo y abierta a la trascendencia.

Dentro de la grave crisis que afronta el mundo se detectan peligrosas tendencias a la despersonalización, que pueden convertir al hombre en número apto para la masificación, en receptor de manipulaciones políticas o publicitarias.

Como reacción decadente y nefasta aparece también en la escena moderna el culto a la personalidad. Esto es sólo una caricatura del auténtico personalismo, meta ineludible de una educación humanista.

b) Educar para la persona no significa desde luego dejar de lado la tarea de formar para la construcción de una sociedad mejor; antes bien, se trata de dos metas complementarias. Formar a la persona es tender a la construcción de una sociedad de seres libres y conscientes como reaseguro contra la masificación, la automatización, la deshumanización de la vida. La construcción de la sociedad, entraña de las utopías históricas, es uno de los grandes objetivos humanos: la educación no puede permanecer ajena a esas preocupaciones.

Muchos de los problemas que hoy nos aquejan, incentivados por graves desequilibrios económicos mundiales y regionales, provienen de la indiferencia social, o de la ausencia de espíritu solidario en vastos sectores de la comunidad. La educación tiene su cuota de responsabilidad en la tarea de generar hombres dispuestos y preparados para la construcción de una sociedad más justa, más armónica e integrada. Sin confundir esta orientación con una politización sectorial. Se hace necesario asumir la formación de ciudadanos útiles al conjunto, conscientes de sus responsabilidades y derechos, participativos y capaces de ejercer su libertad.

Creemos en una educación que tienda a prever o superar los graves problemas que emanan del racismo, la discriminación de cualquier tipo, la marginación de la mujer, la indiferencia social. La educación ha de ser en América, clave y vía para la construcción de una sociedad mejor, una sociedad que responda a nuestras propias necesidades, aspiraciones y proyectos comunes.

c) Educar en y para la cultura del trabajo.

Nuestras naciones transitan momentos difíciles, críticos, hasta el punto de que aún valores considerados fundamentales pierden vigencia en detrimento de otros que aceleran la decadencia y el atraso.

En cierto sentido, asistimos a un fenómeno que lentamente invade la sociedad latinoamericana caracterizado por la tendencia al lucro con el menor esfuerzo y se presenta como una forma solapada, y a menudo superficialmente legal, de apropiación del trabajo creador de otros. Esta es la razón por

la cual ha surgido lo que se denomina "cultura de la especulación".

En este clima social, muchos de nuestros contemporáneos han centrado en tal actitud y actividad su modo de ser en el mundo y ponen la naturaleza y la organización comunitaria a su servicio, con las siguientes consecuencias de la ruptura de la solidaridad e incremento de las fantasías ilimitadas, propias de un estadio decadente.

Es lógico advertir inmediatamente el potencial desestructurador de una sociedad que incluye en su esencia este modo de vida y que tiende a satisfacer —por sobre toda otra consideración— apetencias egocéntricas, sin vestigios de responsabilidad valorativa.

Se hace más grave esta constatación cuando reconocemos que tal actitud está penetrando no sólo en el mundo de las finanzas y los negocios, sino también todo el sistema sobre el que se asienta el tradicional modo de vida de nuestras sociedades.

Desde la dimensión educativa nos corresponde crear las condiciones para revertir este proceso de progresivo descenso de los valores morales y propiciar una transformación cultural donde el trabajo y la ética que él supone sean considerados pilares básicos de nuestras sociedades latinoamericanas.

La "cultura del trabajo" reinvindica el valor y la dignidad del trabajo y lo reconoce como la fuerza fundamental que realiza tanto a la persona como a las instituciones comunitarias de las que participa. El trabajo humaniza y perfecciona al hombre y es, además, la energía creadora y realizadora de la sociedad en todas sus dimensiones. Debe ser asumido como el criterio de discernimiento que determina la vitalidad de una nación: los pueblos prosperan más por el esfuerzo responsable y solidario del trabajo que por las riquezas naturales disponibles en su suelo.

Nuestros sistemas educativos conocen experiencias de asociación y complementariedad con el mundo de la producción y del trabajo en sectores definidos —generalmente relacionados con el quehacer técnico—, pero necesitamos extender la relación a todo el ámbito de la educación y replantear, desde esta perspectiva, la reorganización de experiencias, contenidos y metodologías en todos los niveles y modalidades del espectro formativo. A partir de la educación inicial y básica hasta la

CEN[illegible] [illegible]FORMACION EDUCATIVA
Paragu[illegible] 1657 - 1er. [illegible]
1062 Capital Federal - F[illegible] Argentina

universidad, el valor del trabajo deberá ser asumido no sólo como objeto de reflexión y estudio sino también como una propuesta capaz de generar estilos de vida en nuestras sociedades latinoamericanas.

d) Educar desde y para la cultura latinoamericana.

Universalmente se acepta como condición de toda cultura su tendencia a la autoconservación y enriquecimiento de su propio caudal axiológico o de realizaciones, por medio de la educación. Vale decir que la educación es parte y fruto de la cultura misma.

Sin embargo, estamos expuestos —y en parte ello ocurre ya— a transformar a la educación en pura transmisión de conocimientos ejercida en el vacio cultural, haciendo abstracción de que tanto el educador como el educando son parte de un contexto cultural y que el mismo impone a la educación sus propias exigencias.

Una educación que haga consciente la cultura es un aspecto clave para toda planificación pedagógica en nuestro continente. No se trata, aclarémoslo, de un reduccionismo en el saber, ni de un retroceso en la historia. Se trata, sí, de la necesaria encarnación de la cultura —como lo han afirmado célebres antropólogos, y lo reitera el Documento de Puebla— de la toma de conciencia que educador y educando hacen de su condición de latinoamericanos. Una educación desde y para la cultura deberá empezar por inculcar el amor al suelo propio, del que hoy emigran nuestras juventudes: el conocimiento especial de sus regiones, fauna, flora, etnías, lenguas, costumbres, fiestas y expresiones; el estudio particular de su historia; el conocimiento de sus figuras civiles, militares, artísticas, pedagógicas. Supondrá asimismo un repensar de todo elemento epistemológico, científico, instrumental o técnico en función de la cultura y teniendo en cuenta sus propias orientaciones.

La valoración de la cultura propia es un factor básico en l desarrollo de los pueblos y de los individuos. Una sociedad s más feliz cuando adquiere una autoconciencia cultural. omo lo ha expresado García Márquez, el pueblo latinoameano, periférico en el panorama económico o político del mun-, es sin embargo central en su cultura. Coloca su propio ntro en el Macondo ideado por el novelista que es la patria cada uno de nosotros, el interés de su vida y su desarrollo. ando ello no ocurre se produce inevitablemente la diáspora, decadencia, el vaciamiento.

Educar para la cultura es igualmente valorizar nuestras regiones, provincias y microculturas, sin caer en localismos cerrados, ni acceder a la desintegración nacional.

En suma, educar para la cultura latinoamericana es eludir el enciclopedismo, la abstracción, la despersonalización y encarar la acción creativa de una educación situada, concebida y plasmada para la cultura real e histórica de la América Latina.

e) Esto nos conduce a un nuevo propósito, íntimamente ligado al anterior: educar para la integración regional. En efecto, los pueblos latinoamericanos se ven hoy, como ya hemos dicho, abocados a una impostergable tarea de integración en todos los palnos. Educar para la integración es incorporar esta idea fuerza a todos los niveles de la educación, haciéndola carne en los maestros, profesores y estudiantes de nuestras naciones, de Norte a Sur, del Pacífico al Atlántico. La integración se ha puesto en marcha hace ya varias décadas, ha retrocedido y avanzado, ha tenido tiempos de florecimiento o germinación, y tiempos de estancamiento y olvido. Actualmente se la retoma con fuerza creciente, se están haciendo convenios de toda índole, se avanza en el comercio, la complementación industrial, los grandes complejos hidroeléctricos. Se hallan en ejecución importantes convenios de tipo cultural: comienza a desplegarse la integración educativa. No creemos exagerar si decimos que es reflejo de todas las demás formas de integración, garantía de su continuidad y señal de su posible profundización en el tiempo.

Se hace urgente y necesario implementar una ampliación educativa en la que tengan parte todos aquellos que educan y son educados: los docentes, los universitarios, los padres, los maestros, los investigadores de la educación, los estudiantes. Esa pasión educativa ha de incorporar asimismo a otros sectores sociales para la responsabilidad de educar en el espíritu de la integración, produciendo eventos y convenios de educación en todo el continente. Sin pretensión de unificar los planes de enseñanza, será oportuno fijar contenidos básicos que contemplen las necesidades del conjunto, los particularismos regionales y las diferencias nacionales. Un activo intercambio de funcionarios educativos, maestros, estudiantes, habrá de rubricar ese accionar para que no sea la letra muerta de un convenio sino el espíritu vivo de los hombres los que llevan a cabo la tarea de educar para integrar, y de integrar educando.

CENTRO REGIONAL DE FORMACION EDUCATIVA

f) Finalmente, y no como un propósito menor, será necesario proyectar todos estos propósitos anteriores en su dimensión nueva, la que imponen los tiempos a venir. Estamos a las puertas del siglo XXI, y asimismo de un nuevo milenio, en el que se insinúan grandes cambios para el mundo. El acento que hemos puesto en la realización e integración cultural de América Latina no debe hacernos olvidar que vivimos en un mundo cada vez más interconectado, y que toda planificación educativa ha de ser pensada en función de esa nueva realidad.

El dilema latinoamericano, o mejor su gran desafío, es insertarse en el mundo sin renunciar a la propia identidad. Por ello integrar la región y abrirse al mundo son dos operaciones paralelas y complementarias. La una evitará la disolución de nuestra cultura en el conjunto. La otra impedirá que se creen fronteras artificialmente defensivas, localistas, retrógradas.

Educar para el siglo XXI es para nosotros encarar la difícil tarea de reformular, desde el presente científico-técnico, desde la realidad de nuevos instrumentos que modifican la vida, el accionar, la técnica educativa orientada al hombre mismo y a un estilo de vida que sea simultáneamente fiel a nuestra trayectoria histórico-cultural y abierto a nuevas iniciativas, creaciones y transformaciones.

En rigor, este propósito se presenta como indiscernible de los que hemos enunciado anteriormente, pues mal podríamos reformular instrumentos y medios o dictar nuevas políticas educativas si echamos en olvido quiénes somos, de dónde procedemos, cómo nos hemos desarrollado y hacia dónde nos dirigimos.

Vale decir que América Latina no es a nuestro juicio un receptáculo pasivo en el que se pueden ensayar diversos proyectos gestados en distintos ámbitos del planeta, sino un continente activo, llegado ya a su madurez intelectual y cultural que participa de la renovación científica, hace suyas las innovaciones que se ponen al servicio del hombre, alienta la transformación técnica cuando posee un valor humanista, pero asimismo somete a crítica la indiscriminada aplicación de una tecnificación abusiva, deshumanizante o corrosiva de un estilo de vida, de un humanismo que constituyen su mayor patrimonio.

Educar para el siglo XXI implica pues necesariamente abrir el debate sobre nuevas tecnologías, sobre aplicaciones cibernéticas o computacionales a la escuela y el niño, sobre cambios educativos que poseen en sí aspectos positivos y negativos, y que deberán ser replanteados en función de nuestros intereses reales y concretos. Abarcará ese debate la bioética, los problemas de la ecología, la psicología social, la defensa del niño, la responsabilidad transgeneracional, en suma, la supervivencia física y espiritual de nuestros pueblos en una nueva atmósfera, y la resolución de nuevos conflictos inherentes a ella.

En fin, valga esta rápida enmeración para bosquejar los que creemos serían propósitos básicos para la educación latinoamericana en esta hora dramática y a la vez grávida de destino que atraviesan nuestros pueblos. El mundo está en crisis: lo están nuestras naciones, lo está América. Ciertos humanismos puramente intelectuales, esteticistas, librescos, han fracasado en la tarea de interpretar a nuestros pueblos dotándolos de un suficiente concepto de su propia realidad; igualmente han mostrado sus carencias los ideologismos de distinto signo que han parcializado la realidad americana.

Hoy nos hallamos ante el hecho concreto de la emergencia de un proyecto americano que encarna en distintos estratos de la sociedad, se expresa en la filosofía y las ciencias humanas, dibuja sus símbolos en el arte. Tácito o manifiesto ese proyecto se perfila en líneas generales como el momento de madurez de una América diezmada y castigada, que afronta el difícil alumbramiento de una historia propia. Pongamos la educación al servicio de nuestros pueblos, recojamos ese impulso historificante, sumémonos a la construcción de una América unida, que será grande por ser auténtica e integrada y volverá a constituir una tierra de esperanza para todos los hombres que quieran habitarla.

INDICE

Pág.

1 — Discurso del Presidente de la Nación 5

2 — Educación, creatividad y libertad 15

3 — Educación e integración latinoamericana 31